

Dimensiones sociales de La Aparecida

Jesús Renau

La quinta conferencia episcopal de las iglesias católicas latinoamericanas y del Caribe tuvo lugar en La Aparecida (Brasil) del 13 al 31 de mayo del 2007.

El Documento conclusivo tiene como fecha de publicación el 29 de junio del mismo año y va precedido de un breve escrito de presentación de Benedicto XVI. El Santo Padre aprobó la redacción que el secretariado general del CELAM (Conferencia de Obispos de Latinoamérica) le había presentado en nombre de la Asamblea. El respeto al escrito por parte del Papa se ha valorado positivamente por amplios sectores de aquellas iglesias, si bien ha quedado abierta la sospecha sobre si el escrito remitido a Roma por el CELAM era exactamente el que aprobó la Conferencia.

Sin entrar a fondo en esta discusión, ciertamente la comparación de los dos escritos, parece indicar que ha habido retoques, no únicamente en la redacción gramatical o sintáctica, sino en la puntualización sobre aspectos polémicos¹. Con todo es posible que dichas ampliaciones integraran puntos aprobados en otros lugares del documento. Estos hechos han abierto una cierta polémica que puede desdibujar algo el modo de proceder, si bien en conjunto el Documento tiene dimensiones, a nuestro entender, muy positivas que no quedan afectadas sustancialmente por esta discusión².

¹ La Conferencia tiene como subtítulo general: «Discípulos y misioneros de Jesucristo para que nuestros pueblos en Él tengan vida».

² El día 22 de septiembre monseñor Raymundo Damasceno Assis, presidente del

En el presente trabajo usaremos el Documento Conclusivo del día 29 de junio y firmado en Roma.

Tres tendencias de fondo

Se trata de un escrito largo y a veces bastante repetitivo. Da la impresión de que se han tocado demasiados temas, y por esto a veces puede parecer un catecismo aplicado a la realidad de aquel continente. Su lectura puede resultar pesada y alejada del nivel cultural de una gran parte de sus potenciales lectores.

Como suele pasar en escritos que son el resultado de importantes discusiones y de diversas orientaciones, se nota en la redacción como tres grandes líneas de fondo: una social abierta a la reflexión pastoral, otra pastoral enraizada en la tradición y la religiosidad popular, y la tercera oficialista y claramente burocrática. El Documento es el resultado de la puesta en común de las diversas tendencias, lo cual muestra, por una parte, que ha habido un diálogo abierto y, por otra, que dichas tendencias están fuertemente arraigadas y señalan matices distintos de ver la Iglesia y su misión.

CELAM, hacía una declaración en que negaba la veracidad de dichos rumores, aunque afirmaba que por mandato de la misma conferencia la secretaria general había realizado correcciones de estilo y había situado o refundido algunos párrafos sin modificar para nada su contenido.

Que nuestra Iglesia sea plural no es algo negativo si la pluralidad se mueve en el marco del respeto y del diálogo constructivo.

La primera *tendencia social-pastoral* está presente en el enfoque mismo del documento en cuanto ha escogido como estructura referencial el clásico esquema de ver, juzgar y actuar. Este proceso que viene de los movimientos de la pastoral obrera, y en concreto de la JOC, ya se usó en anteriores conferencias del CELAM, si bien en la última de Santo Domingo se prescindió de él. Por tanto, *La Aparecida* vuelve a este estilo de análisis y proyección ya clásico en la Iglesia del Concilio Vaticano II³.

Esta tendencia social-pastoral se muestra especialmente cuando se analizan las situaciones reales de la sociedad latinoamericana en sus dimensiones de justicia, estructura ca-

³ La aceptación del ver, juzgar y actuar fue promovida por la misma Asamblea, ya que los documentos preparatorios seguían el estilo deductivo y no partían de las realidades de los pueblos y comunidades. La misma asamblea mayoritariamente pidió que se volviera la misma metodología que había inspirado la *Gaudium et Spes* del Vaticano II. El lector podrá encontrar este tema ampliado y en general una buena introducción al Documento de *La Aparecida* en: AGENOR BRIGHENTI, «Criterios para la lectura del Documento de Aparecida. El pre-texto, el con-texto y el texto», en *Revista Latinoamericana de Teología*, 71, mayo-agosto 2007, pp. 161-180.

pitalista, marginación, derechos humanos y explotación marginal. La redacción de no pocos de estos apartados recuerda el estilo de los grandes teólogos de la liberación. Hay una concepción teológica que parte de la realidad como ámbito de encuentro con *La Palabra Liberadora*, en especial cuando en esta realidad son los pobres, los oprimidos y los sufrientes.

Junto a esta primera tendencia se constata claramente en el documento *otra* que responde a una visión *tradicional* del ministerio, de la misión de las Iglesias, sacramental, misionera, que parte especialmente de la Voluntad Salvadora de Dios. Es su Palabra, su Iglesia, su Misión la que ilumina y redime la realidad de este mundo. Los contenidos se expresan de forma más tradicional, con numerosas citas de la Sagrada Escritura y del Magisterio de la Iglesia, en especial de los dos últimos Papas.

Esta tendencia queda matizada y entroncaría con la primera cuando trata de la religiosidad popular y del respecto y la inculturación del mundo indígena. En el conjunto del escrito quizás sea la más extensa y la menos novedosa. Se constata que subyace como muy presente el tema de las sectas y la invasión de iglesias evangélicas que en cierto grado responde a urgencias inmediatas de la gente, si bien no cuestionan las estructuras de poder opresor que pueden justificar y potenciar las grandes diferencias sociales y económicas.

A nuestro entender el concepto de discípulo misionero indica dicha preocupación y responde a la reflexión que ha provocado la invasión sectaria. Realidad ésta de la vinculación a Jesucristo, seguimiento y misión que es esencial en la fe recibida por la tradición de la Iglesia desde Pentecostés.

posiblemente el conjunto no resulte radical, ni mueva grandes entusiasmos, pero va a permitir trabajar el día a día respondiendo a las conciencias y en el marco de unas iglesias que gozan de prestigio y de confianza

Si la tendencia social-pastoral en el ver, juzgar y actuar, ha aportado una de las bases transversales del documento, esta segunda tendencia tradicional aporta el valor y el sentido del seguidor misionero como sujeto transversal de todo el documento.

Finalmente queda patente el estilo *oficialista* de los documentos que nacen de la administración de la Iglesia. Sería el que une ambas tendencias anteriores, entrelaza apartados y traba aparentes contradicciones. Quizás donde se muestra más evidente es en las numerosas matizaciones que se hacen al lado de afirmaciones de

una u otra tendencia. Estas matizaciones que pueden ser de una palabra o una corta frase suelen quitar hierro a posibles interpretaciones más radicales. Como muestra de lo dicho se puede hablar de la liberación «bien entendida», o de la evangelización «en comunión con el obispo».

Dada la cantidad de obispos y teólogos de diferentes naciones y la diversidad de escuelas teológicas y de espiritualidad existentes pensamos que se ha llegado a un final constructivo. Como un gran pacto de buena voluntad. El resultado no habrá entusiasmado a todos, pero todos pueden hallar páginas que sean estimulantes para sus puntos de vista y dinamicen su estilo pastoral. No es poco hoy en día alcanzar una plataforma de este estilo. Posiblemente el conjunto no resulte radical, ni mueva grandes entusiasmos, pero va a permitir trabajar el día a día respondiendo a las conciencias y en el marco de unas iglesias que en aquel continente gozan de prestigio y de confianza por parte de la mayoría de la sociedad.

Dimensión social

Hecha esta descripción de tendencias, vamos a centrarnos en la dimensión social del documento de *La Aparecida*. Intentaremos desarrollarlo desde tres perspectivas: una visión de conjunto, la globalización económica actual y Reino de Dios y promoción de la dignidad humana.

Desde el punto de vista de la ética y la moral social cristianas, *La Aparecida* en su conjunto representa una aportación importante. La correlación entre fe y justicia está en el núcleo central del mensaje de las iglesias latinoamericanas y del Caribe. Y lo está porque los análisis que hace sobre la situación de injusticia institucionalizada, la reflexión sobre esta situación desde la visión evangélica de la fe y las propuestas de acción, parten de un conocimiento de la realidad y una viva voluntad de transformación de la misma.

Si alguien podía pensar que estos temas iban a ser marginados o menos valorados puede constatar todo lo contrario. Están en el centro de las preocupaciones de las Iglesias y suficientemente conectados con otras dimensiones como la vida interna de las parroquias y comunidades, la secularización cultural, la catequesis, la moral de la vida o el reconocimiento de las culturas indígenas. No es posible reflexionar sobre *La Aparecida* al margen de su aportación social.

Parece importante recalcar este hecho en los momentos actuales en los que no faltan voces dentro de la Iglesia que critican la llamada «excesiva preocupación» por las injusticias de nuestro mundo. Preocupación exigente de nuestra fe que está en la base de la teología de la liberación, de una forma cultural de escuchar la Palabra y de la misma Doctrina Social de la Iglesia. Por otra parte, la acepta-

ción de que los derechos humanos y la promoción de la justicia social, que emana de la fe, es un signo claro del Mensaje Evangélico. Este es un distintivo evidente del «discípulo misionero» frente a tantas sectas que intentan mantener el *statu quo* de una explotación organizada y legal, situando la moral y la fe en el ámbito exclusivo de la subjetividad personal.

La globalización económica

La Aparecida trata el tema de la globalización como uno de los ejes centrales de la actual situación del mundo y que repercute de forma importante en América Latina. Sin duda en este aspecto nos parece el principal documento oficial de la Iglesia, hasta el presente, tanto en la valoración positiva como en la denuncia profética de una globalización como la que estamos viviendo.

En primer lugar se hace referencia a las palabras del Santo Padre en el discurso inaugural cuando se refiere a la globalización como a un «fenómeno de relaciones a nivel planetario», lo cual es un «logro de la familia humana» que en sí mismo favorece los intercambios, una visión de conjunto y notables posibilidades culturales y económicas para el desarrollo sostenible e igualitario de la humanidad (60).

Esta primera valoración de Benedicto XVI nos recuerda la visión de la

Gaudium et Spes del Concilio Vaticano II. Es como un reflejo de aquellas palabras de Pablo VI al terminar el Concilio Vaticano II en las que nos alentaba a tener una visión eclesial de la sociedad con ojos optimistas.

A partir de esta perspectiva favorable a la globalización como fuente de po-

*una de las causas de estos
desastres humanos es la
concentración de poder
para sacar del mercado
mundial el máximo beneficio*

sible progreso humano el documento hace una crítica muy dura de la forma cómo se está llevando a cabo. «Lamentablemente la cara más extendida y exitosa de la globalización es su dimensión económica, que se sobrepone y condiciona las otras dimensiones de la vida humana» (61). Dicha dimensión económica encuentra su centro en el mercado, basado en la eficacia rentable y en la productividad, que regulan las relaciones humanas. «Este peculiar carácter (el dominio del mercado) hace de la globalización un proceso **promotor de iniquidades e injusticias múltiples**» (61).

Palabras realmente muy duras, y ciertas, sobre todo cuando se contemplan los rostros de quienes sufren. «Entre

ellos están las comunidades indígenas y afroamericanas, que en muchas ocasiones no son tratadas con dignidad e igualdad de condiciones; muchas mujeres, que son excluidas en razón de su sexo, raza o situación socioeconómicas; jóvenes que reciben una educación de baja calidad y no tienen oportunidades de progresar en sus estudios ni de entrar en el mercado de trabajo para desarrollarse y constituir una familia; muchos pobres, desempleados, migrantes, desplazados, campesinos sin tierra, quines buscan sobrevivir en la economía informal; niños y niñas sometidos

la denuncia que esta parte del Documento hace de la globalización, pertenece a la tradición profética; es dura, clara, capaz de movilizar nuestra fe en el Reino de Dios

a la prostitución infantil, ligada muchas veces al turismo sexual, también los niños víctimas del aborto. Millones de personas y familias viven en la miseria e incluso pasan hambre» (65).

Una de las causas de estos desastres humanos, que son contemplados en el documento de *La Aparecida* como rostros concretos, es la concentración de poder. «Conducida (la globalización) por una tendencia que privilegia el lucro y estimula la competencia, la globalización sigue una dinámica de concentración de poder y de riquezas en manos de

unos pocos, no sólo de los recursos físicos y monetarios, sino sobre todo de la información y de los recursos humanos, lo que produce la exclusión de todos aquellos no suficientemente capacitados e informados, aumentando las desigualdades que marcan tristemente nuestro continente y que mantienen en la pobreza a una multitud de personas» (62).

Una concentración de poderes para sacar del mercado mundial el máximo beneficio, creando colateralmente calamidades e iniquidades intolerables, afecta de tal forma a la sociedad que una gran parte de ella queda excluida. «Ya no se está abajo, en la periferia o sin poder, sino que se está afuera. Los excluidos no son solamente “explotados”, sino “sobrantes” y desechables» (65).

Esta realidad afecta a la misma democracia, debilita al Estado y limita la capacidad de maniobra del mismo. «Las instituciones financieras y las empresas transnacionales se fortalecen, al punto de subordinar las economías locales sobre todo debilitando a los Estados, que aparecen cada vez más impotentes para llevar adelante proyectos de desarrollo al servicio de sus poblaciones, especialmente cuando se trata de inversiones de largo plazo y de retorno inmediato» (65).

Todo este conjunto, esencialmente pernicioso, viene refrendado por tratados de libre comercio (la palabra «libertad» es puro nominalismo) de unas economías asimétricas que no benefician a los países pobres. Estos tratados son en realidad mecanismos que dan

soporte a la promoción de las economías ricas, que concentran renta y riqueza en un sistema financiero pensado para este objetivo. Todo ello no pocas veces va acompañado de una muy importante corrupción. *«Es también alarmante el nivel de la corrupción en las economías que involucra tanto al sector público como al sector privado, a lo que se suma una notable falta de transparencia y rendición de cuentas a la ciudadanía. En muchas ocasiones, la corrupción está vinculada al flagelo del narcotráfico o del narconegocio y, por otra parte, viene destruyendo el tejido social y económico de regiones enteras»* (69).

La denuncia que esta parte del Documento de *La Aparecida* hace de la globalización, tal como se vive en aquel continente, pertenece a la tradición profética. Es dura, clara, capaz de movilizar nuestra fe en el Reino de Dios, de desenmascarar *«la explotación laboral que en algunos casos llega a generar condiciones de verdadera esclavitud»* (73). Estas denuncias en nombre de Dios manifiestan el vigor de la fe, la fuerza que han comunicado a muchas iglesias tantos hombres y mujeres que en las décadas anteriores arriesgaron su vida por la justicia y los derechos de los pueblos. Aquellas energías, aquella sangre en no pocos casos, vigoriza a un amplio sector de la Iglesia latinoamericana a una acción liberadora. La realidad teológica de la liberación no ha sucumbido a las críticas y ataques a veces desde dentro mismo de la Iglesia, sino que

ha fortalecido aquella fe que conlleva la lucha y la promoción de la justicia.

Reino de Dios y promoción de la dignidad humana

Desde el punto de vista social hay una parte del documento que reviste una especial importancia, el capítulo 8, y que merecería estar entre los grandes textos de la Doctrina Social de la Iglesia. Su título general es ya muy indicativo: «Reino de Dios y promoción de la dignidad humana».

El punto de partida es la necesidad de acercar a los pueblos la vida de Jesucristo, porque en ella encontrarán la respuesta a sus más profundos anhelos (381). El Señor sigue presente actualmente desde su glorificación, en el Reino de Dios, que está ya entre nosotros. Esta presencia se manifiesta en una serie de señales: *«Señales evidentes de la presencia del Reino son: la vivencia personal y comunitaria de las bienaventuranzas, la evangelización de los pobres, el conocimiento y cumplimiento de la voluntad del Padre, el martirio por la fe, el acceso de todos a los bienes de la creación, el perdón mutuo, sincero y fraterno, aceptando y respetando la riqueza y la pluralidad, y la lucha por no sucumbir a la tentación y no ser esclavos del mal»* (383).

La responsabilidad de los discípulos misioneros lleva a asumir como tarea prioritaria todo lo que contribuya a la

dignificación de todo ser humano y a la implicación de los cristianos en las tareas e instituciones que promueven y velan por el bien común. Esta misión se realiza básicamente en dos tareas complementarias: *«Socorrer las necesidades urgentes, al mismo tiempo que colaborar con otros organismos o instituciones para organizar estructuras más justas en los ámbitos nacionales e internacionales»* (384).

La misericordia frente a la explotación, la marginación, las nuevas formas de esclavitud, la alienación de la dignidad humana, la enfermedad..., etc., es absolutamente necesaria y pertenece a la esencia del Evangelio. Pero a la vez: *«La misericordia siempre necesaria, no debe conducir a crear círculos viciosos que sean funcionales a un sistema económico inicuo. Se requiere que las obras de misericordia estén acompañadas por la búsqueda de una verdadera justicia social, que vaya elevando el nivel de vida de los ciudadanos, promoviéndolos como sujetos de su propio desarrollo... La Iglesia no puede ni debe quedarse al margen en la lucha por la justicia»* (385).

Nos parece de gran importancia que se vuelva a hablar con tanta claridad acerca de las estructuras injustas, las estructuras de pecado, a las que Juan Pablo II dio tanta importancia en sus documentos sociales, como mecanismos legales perversos que producen sufrimiento, explotación y miseria. Una vez más la Iglesia emite esta lla-

mada, que es del Espíritu, para que sea acogida dentro de sí misma y como buena nueva para el mundo. América Latina ha mostrado en los últimos decenios con sus innumerables mártires que cuando se intenta promover un cambio de estructuras económico-sociales y políticas el sistema dominante, que admite con facilidad las obras de misericordia, no tolera que se tambalee el montaje de su explotación al servicio del beneficio excedente. La explotación dominante ha llegado a la misma cultura. *«El impacto dominante de los ídolos del poder, la riqueza y el placer efímero, se han transformado por encima del valor de la persona, en la norma máxima de funcionamiento y el criterio decisivo en la organización social. Ante esta realidad anunciamos una vez más el valor supremo de cada hombre y de cada mujer»* (387).

Es lógico que situados en el ámbito del Reino de Dios a partir de la misericordia y la promoción de la justicia vuelva a salir con fuerza la opción preferencial por los pobres que *«es uno de los rasgos que marca la fisonomía de la Iglesia latinoamericana y del Caribe»* (391). Entrando más a fondo en el tema se profundiza en la misma cristología y sin citarlo directamente parece que nos esté hablando Jon Sobrino. *«Nuestra fe proclama que es Jesucristo el rostro humano de Dios y el rostro divino de los hombres. Por eso «la opción preferencial por los pobres» está implícita en la fe cristológica en aquel Dios que se*

ha hecho pobre por nosotros, para enriquecernos con su pobreza» (392). «Si esta opción está implícita en la fe cristológica, los cristianos como discípulos misioneros, estamos llamados a contemplar en los rostros sufrientes de nuestros hermanos el rostro de Cristo que nos llama a servirlo en ellos: Los rostros sufrientes de los pobres son rostros sufrientes de Cristo. Ellos interpelan el núcleo del obrar de la Iglesia, de la pastoral, de nuestras actitudes cristianas» (293).

Para que este reconocimiento no quede en simples palabras hay un párrafo que por su claridad expresa que se ha llegado a una renovación del compromiso de la Iglesia. Nos parece fundamental de cara al presente y al futuro y que entronca con las anteriores conferencias. *«Nos comprometemos a trabajar para que nuestra Iglesia latinoamericana y caribeña siga siendo, con mayor ahínco, compañera de camino de nuestros hermanos más pobres, incluso hasta el martirio. Hoy queremos ratificar y potenciar la opción del amor preferencial por los pobres hecha en las Conferencias anteriores. Que sea preferencial implica que debe atravesar todas nuestras estructuras y prioridades pastorales. La Iglesia latinoamericana está llamada a ser sacramento de amor, solidaridad y justicia entre los pueblos» (396).*

A partir de este compromiso se van desarrollando una serie de dimensiones de realización y cualidades del mismo: cercanía y amistad con los pobres (398), promoción humana y

auténtica liberación, que sea realmente integral, renovación de planes pastorales desde esta opción, impulso de la Doctrina Social de la Iglesia, mayor atención a las nuevas realidades de la marginación y sentido de globalidad con una visión internacional y mundial de los problemas planteados.

Este capítulo octavo termina con unas páginas profundamente inspiradas por el amor y la solidaridad hacia sectores importantes de estos sufrientes, señalando sus grandes grupos: migrantes, enfermos, adictos dependientes y detenidos en las cárceles. Al ex-

*sin duda dará un impulso
a la evangelización y a
encontrar respuestas a los
nuevos interrogantes de unas
sociedades que viven
cambios muy hondos*

poner cada uno de estos grupos brilla la caridad, la comprensión, la promoción liberadora, el respeto profundo a la dignidad humana que corresponde a hijos e hijas de Dios.

Más allá del documento

La reunión de *La Aparecida* ha sido una experiencia de Iglesia que ha ido

mucho más allá del Documento conclusivo. Su larga preparación, el encuentro, las celebraciones y la oración, los debates, las comisiones, las orientaciones iniciales del Santo Padre..., todo este conjunto muestra el dinamismo de la Iglesia en aquel continente. Sin duda dará un impulso a la evangelización y a encontrar respuestas a los nuevos interrogantes de unas sociedades que viven cambios muy hondos.

La síntesis de muchos elementos tradicionales y las consecuencias evidentes de una reflexión sobre la globalización, la explotación y los derechos de la dignidad humana en su conjunto serán una importante apor-

tación de cara al camino a seguir. Una síntesis que se ha logrado no sin debate profundo y con la resistencia de una minoría que vive en continua sospecha del significado social de la liberación evangélica. Y con todo el deseo de la conferencia es de una renovación profunda.

La lectura de su dimensión social aporta a la enseñanza social de la Iglesia una confirmación de muchos elementos ya establecidos en anteriores documentos y unas novedades como la globalización, la crítica del mercado cuando excede su dimensión de bien común..., etc., que hay que tener en cuenta en el proceso de la moral social cristiana. ■